

de osario, en donde depositan los huesos de sus víctimas, á fin de que no les comprometan.

Si una familia de zorros se ve obligada á abandonar su cueva, se interna en los sitios más excusados del monte y se construye provisionalmente una galería de refugio, internándose unos 3 pies en una dirección recta; y, formando de repente un ángulo casi recto, continúa su excavación en una longitud de 3 á 5 pies, á cuyo extremo forma otro ángulo para buscar la salida.

Los zorros permanecen en los sembrados poco tiempo antes de la recolección, porque por dicha época abundan en caza; pero por el tiempo de la siega suelen internarse en los montes, y con preferencia en los matorrales, á las orillas de los ríos y no lejos de los campos labrados.

En los grandes temporales de otoño suelen subirse á los árboles que están muy inclinados ó en los huecos de los más corpulentos.

Durante el invierno buscan las marañas más espesas de los montes más próximos á las poblaciones. En las horas del día emplean el tiempo en descansar, á fin de reparar sus fuerzas para la noche, que la emplean íntegra en hacer todo género de desavíos. Sólo en verano los padres hacen una excepción de esta regla cuando tienen que procurar alimento á sus hijuelos.

Si estando el zorro de caza sorprende la luz del nuevo día lejos del monte, se alastra detrás de cualquiera piedra ó se cubre con la mata más cercana, y á veces en los surcos de los campos labrados.

Indudablemente el zorro es un huésped muy nocivo á la caza y á los animales de corral. Por esta razón, tanto el cazador como el que se dedica á la cría de animales domésticos, le han declarado guerra sin cuartel. Ningún ser viviente menos fuerte que él se ve libre de sus asechanzas, y con frecuencia se le ve atacar á animales más corpulentos que él, usando todos los medios que su astucia le sugiere. ¡Cuántas veces le he visto en expectación, esperando el primer descuido de sus víctimas! ¡Cuántos ardides pone en juego para el logro de sus deseos!

Su alimento favorito es la carne; y, siendo mucha la que necesita para mitigar su apetito, siempre activo, hace muchas víctimas, así como en la época en que da caza para mantener á sus hijuelos. Cuando le falta la carne fresca no desperdicia las ranas, las culebras, los escarabajos y la langosta. También los huevos y la miel le sirven para alimentarse. Durante el estío, cuando carece de todo, se contenta con los ratones que encuentra en los prados y montes. En otoño y en la segunda

mitad del verano puede disfrutar de su alimento favorito, las uvas y la fruta, pues es goloso en extremo.

El zorro no come carne de aves carniceras, ni la del cuervo, que le es muy repulsiva. Pero carne de gato, sobre todo si es asada, así como los arenques y las sardinas, los come; y muestra tal afición por ellos, que constituyen el mejor cebo para atraerles á las trampas.

Es uno de los animales más astutos y listos de la creación, y emplea su astucia tanto en el ataque como en la defensa.

Cuando un zorro queda encerrado dentro de un ojeo, si éste tiene lugar en monte hueco, sale veloz delante de los ojeadores y entra en la línea de fuegos; pero si es en algún matorral se para y se pone en expectación; aguzza el oído; yendo y viniendo de un lado á otro, intenta ponerse bajo viento, si tiene tiempo para ello. Si logra su objeto, ó nota el menor movimiento en cualquier tirador, se vuelve súbitamente y parte á romper por la línea de ojeadores, ó espera agazapado detrás de una mata hasta que éstos están á pocos pasos de él. Si el ojeo se verifica con perros, procede con menos cautela, por verse empujado hacia adelante; pero, como tiene un gran oído, trata de ponerse en salvo tan pronto como siente los primeros ladridos de los canes.

Si algún ruido les sorprende, se precipitan en las bocas de la zorrera. Pasado algún tiempo, uno de ellos se asoma á la boca para observar si existe en los alrededores de la cueva algo que le sea sospechoso. Si, después de pasados unos cortos momentos no nota cosa de que desconfiar, se arriesga á salir seguido de sus hermanos, dando desde luego principio á nuevos juegos. Cuando los padres regresan y ven la existencia de algo extraño, debido á la mano del hombre, aprovechan la noche inmediata para cambiar de domicilio, seguidos de sus pequeños, á sitio más seguro.

Cuando los zorrillos están en disposición de salir, los padres les suelen traer ratones vivos con objeto de ver que tal se conducen cuando tienen que ganarse el alimento con sus propias fuerzas. Después les acompañan en sus excursiones, yendo los jóvenes delante y los viejos á retaguardia para estar prontos á cualquier evento.

Al tercer mes de edad es cuando hacen su primera salida, conducidos por sus padres, para tomar las lecciones de robo y pillaje en toda clase de animales. Interesante y curioso por demás es ver á la prole tomar lecciones de su madre, tanto en dar caza á varios animalitos como cuando se instruye en cazar al vuelo las piezas que su madre le arroja al aire con su boca.

Con frecuencia se ve á una familia de zorros aban-



La zorra había desaparecido...

donar la zorrera en un día en que los trigos ya están granados, é internarse en los campos, que por dicha época están atestados de seres vivientes. Hasta que empieza la siega permanecen en los panes, y ciertamente que no podrían hallar sitio en que pudieran vivir más ocultos, ni donde tener más provisiones; pero así que llega la hoz á funcionar se retiran, no ya á la zorrera, sino á la parte más recóndita del monte y en lo más espeso. Á fines de octubre ó en noviembre se disuelve toda la familia, empezando cada individuo á vivir por su propia cuenta, á pesar de que los zorrillos no se hallan completamente desarrollados hasta el tercer año.

Los zorros viven en cuevas, que, ó bien las construyen al efecto, ó se aprovechan de las que encuentran abandonadas, si no les ocurre desalojar de la suya á algún tejón, lo que consiguen ensuciándose en las bocas de entrada, ó bien viven con él en buena armonía.

II

Lo primero que debe hacerse en un coto de caza, cuando se nota que se va despoblando por causas que nada tienen que ver con la caza misma, es indagar si existen en el terreno zorros ú otra clase cualquiera de animales de rapaña.

Muy fácil es á los aficionados á este género de observaciones útiles el darse cuenta en la estación de nieves de los destrozos que pueden ocasionar esos facinerosos nocturnos durante meses y años enteros. Sus idas y venidas en una sola noche revelan á las claras el daño inmenso que ocasionan en todas partes, y especialmente en terrenos destinados á nuestros recreos venatorios.

Dejando hoy á un lado á los diversos individuos de esas funestas familias de cazadores furtivos, que no dejan el acecho en ningun día de los doce meses del año, como los gatos monteses, las garduñas, los lobos y las comadrejas, nos ocuparemos de una manera exclusiva de los zorros, especie que es la más abundante, la más perjudicial y la más difícil de combatir, contra la cual no hay más que un medio terrible y eficaz de destrucción.

Este medio consiste en el veneno llamado *sulfato de estriquina*.

El efecto es seguro; y aquel polvillo blanco, en dosis pequeñísima, como media toma de rapé, mata instan-

táneamente al animal en el mismo sitio en que lo toma.

Hé aquí el procedimiento que se emplea para conseguir el apetecido fin. En incisiones bastante profundas y practicadas en la carne de muchos mirlos, se introduce un poco de estriquina, cerrando la abertura con el mayor esmero posible, para que el zorro, símbolo de la astucia, como es sabido, no se aperciba de la operación hecha en el ave. Para quitar á este cebo toda clase de olor á hombre, se frota antes los dedos con un trozo de alcanfor, precaución suficiente y que engaña á los zorros á las mil maravillas.

Como nada hay más fácil que seguir, en tiempo de nieve, la pista de aquéllos, se buscan los sitios que frecuentan, y allí se colocan de trecho en trecho los mirlos, ó cualquier otra clase de pájaros envenenados. Una vez tragado el veneno, la muerte, como se ha indicado, es instantánea, y nosotros hemos visto á cinco pasos del cebo al animal con los miembros rígidos, las mandíbulas separadas y las garras como puntas de acero: todo indicaba que el zorro había expiado en una corta agonía, y en medio de horribles dolores, toda una vida de rapaña y llena de sangrientos episodios.

Hay zorros que se llevan el pájaro á otra parte, cuando el hambre no les hostiga, para comérselo allá en el fondo de algún espeso matorral; en cuyo caso son casi infructuosas las pesquisas que se hagan con objeto de descubrirle. El único indicio precioso que puede hacerle traición son las plumas del ave, porque el zorro es muy refinado en sus gustos, y acostumbra á desplumar la presa con un primor más grande que el de un buen cocinero.

Poniendo en práctica una observación que se ha hecho de tiempos atrás sobre las liebres, se ha ensayado también con grande éxito para atrapar á los zorros. Sabido es que cada vez que se coloca un objeto nuevo ó inusitado en un llano ó sitio cercado, no deja nunca la liebre de volver á la noche siguiente, porque la curiosidad la impulsa de un modo irresistible á asegurarse de la naturaleza de una cosa que no ha visto nunca. Pues bien: el zorro obedece á los mismos instintos. Una planta de cardo, una rama clavada en tierra, ó dos ó tres haces puestos de pie, atraen su atención y su presencia: van allá, no se sabe por qué; pero el caso es que van irremisiblemente. Puede, por lo tanto, colocarse allí el cebo; y, si esto no fuera bastante, sembrar el camino que hasta él conduce con trozos de arenque ó de cualquier pescado salado, por el que los zorros deliran en toda la extensión de la palabra.



UN DIALOGO MUDO, POR JERICKE